

*¡Malditos vosotros los que levantáis palacios con el sudor  
de los hombres! ¡Cada una de sus piedras es un crimen!*

LIBRO DE ENOC

La España que nos legará la cruzada nacional se asemeja a aquella bestia que iba a sacrificarse en el altar poco antes del asesinato de César, y a la que nunca encontraron el corazón. Aquello se tomó por un mal presagio, por la inminencia de tumultos en Roma. Y así fue, en efecto. Pero a los españoles de hoy no nos afligen los mismos pronósticos. Al contrario. ¿Alguien en su sano juicio puede lamentarse de que a esa bestia que es España le falte el corazón que durante siglos le ha insuflado pasiones corrosivas y violencia?

Los sabios de la modernidad auscultan su cuerpo, pero no se advierte en ella corazón alguno; la nación está purgada de los instintos que hicieron a su pueblo aguerrido y fiero. A partir de ahora, y gracias a la tarea de los grandes arquitectos nacionales, a los españoles se nos tendrá por una raza conciliadora, por una orquesta en la que ningún instrumento desafina. Los hijos de nuestros hijos nacerán ya en tierra de paz, ignorantes del terrible esfuerzo que ha supuesto extinguir el fuego de la cizaña. Pero no debemos quejarnos los que a ello hemos contribuido, sino sentirnos orgullosos: del mismo modo que una madre trabaja duramente al dar a luz y obtiene la bendición de un retoño, así hemos bregado nosotros para hacer que exista esta criatura a la que sin reparo podemos llamar España.

Esa patria que participaba en todas las pujas, y que ha convocado a decenas de miles de cadáveres para atestiguar su difícil talante, carece por fin de un corazón en el que albergar discordias. Queda así la nación preparada para absorber sin restricciones todo lo que de bueno deparen Dios y el destino.

La nación la trabajan con facilidad las manos de un artesano. Liberada por fin de siglos de violento coraje, asiste agradecida a todas las bendiciones que le otorga el soberano, que es hoy como el joven padre de todos y cada uno de sus súbditos

¿Cuántos empujones no tuvo que soportar Roma después de aquel sacrificio abortado? Decenas de puñaladas mataron a César, tímidas las primeras y fatales las últimas, mas aquello no fue sino el primer eslabón de las calamidades que la calcinaron. Pasados los siglos, España no se siente abatida por presagios semejantes. Hoy los augures de la causa nacional no son descreídos lectores de vísceras, sino obispos que esgrimen una verdad incontestable y que amasan el más agradecido de los panes. Hacen callar al corazón, órgano nocivo y maldiciente que, puesto en el pecho equivocado, no provoca sino violencia y desorden. En su ausencia, la patria se ha apeado de todo cuanto la predisponía a alzarse en guerra contra sí misma.

Ha costado mucho, ciertamente, pero ¿quién puede negar que del cadáver de ese rabioso animal que era España ha brotado un edén de almas gemelas? Podemos decirlo sin temor a equivocarnos: sobre esta tierra no volverá a derramarse sangre alguna. El pueblo está fundamentalmente de acuerdo después de haberse levantado en armas en su propio seno, de haber achicado podredumbre y disensiones y de haberse demostrado a sí mismo que no es el desacuerdo ni la deliberación lo que conduce a una nación al triunfo, sino la deferencia a un mismo conjunto de reglas.

Que nadie se sienta ofendido si no censuramos que, para lograr ese estado luminoso, haya hecho falta barrer del mapa a la mitad discordante de nuestro pueblo. «Dios lo quiere», gritó la muchedumbre tras el llamamiento del papa Urbano II a la Cruzada. Así lo entendía el Santo Padre y así han de hacerlo también los demás hombres. El

burro al que libran de sus alforjas tiene siempre un mejor trote, y España, como nunca llegó a serlo Roma, es hoy verdaderamente eterna y por ello hará callar a los astrólogos: no perecerá por fuego, aun cuando todos los planetas se encuentren en Cáncer; ni tampoco por agua, cuando se reúnan en Capricornio.